

Buenas noches,

Sr. Presidente del Cabildo, Sr. Consejero de Cultura, Srs. alcaldes, Sr. Vicario, bienvenidas todas las personas que se encuentran hoy aquí.

Sr. alcalde del municipio de Betancuria, entiendo que, si me ha hecho merecedora de ser la pregonera de estas fiestas, es porque estoy avalada por el trabajo realizado por el colectivo de teatro del municipio de Betancuria, por lo que considero que el honor nos corresponde a todo el grupo, junto con la agrupación de folclore Mafasca.

Este nombramiento nos enorgullece, nos llena de satisfacción y agradecimiento hacia el pueblo majorero que hoy nos premia con su presencia.

Más que un pregón convencional, será un coro a tres voces. La primera, la mía como introducción; la segunda, la parte escenificada, junto con la tercera parte, la parte cantada. Mi introducción no será muy larga porque no quiero hacer esperar a los actores y actrices ocasionales que están nerviosos por comenzar.

Permítanme que haga algunas reflexiones a nivel personal, constatadas a lo largo de mi vida como maestra de niños y jóvenes, y que pudieran ser tenidas en cuenta. Sin recuerdos no hay vida. Año tras año, en estas fiestas, leo con mucho interés y curiosidad el programa de actos editado para la

ocasión. Actuaciones de folclore, exhibiciones, romería, misas, actos religiosos, y después de muchos años, con gran acierto se vuelve a recuperar la feria de ganado. Todavía recuerdo los concursos de arrastre de yuntas y las peleas de carneros, que aunque mi padre presentaba un gran ejemplar siempre era vencido por uno más pequeño. Sin embargo en estos programas no encuentro una actividad que sea específica para la gente joven. La tercera edad (en la que me incluyo) aparece como protagonista de la celebración de un día. Pero ¿Y la 1ª y 2ª edad? La continuidad, el interés y el futuro de la fiesta dependen de ellos, de su entusiasmo e implicación.

¿Qué podrían hacer las instituciones para que los jóvenes sintieran que forman parte de la fiesta principal de la isla?

En primer lugar, dedicarles un día dentro de la programación de los actos que se planifican. Hasta ahora la gente joven relaciona La Peña con la aventura de caminar, de noche, por senderos y barrancos. Cuando el camino se acaba y llegan a su destino ¿Qué hacer? ¿Qué expectativas pueden traer al año siguiente, si siempre encuentran lo mismo, y no hay nada que los retenga? ¿Esperar a que les llegue la 3ª edad?

Contar con la aportación de los jóvenes enriquece y dinamiza la fiesta.

¿Cómo inculcarse y apreciarse por nuestras costumbres? Haciéndoles partícipes de ella. Dándoles protagonismo y alguna herramienta que ellos puedan y sepan utilizar.

No hay mejor aprendizaje que aquel que entra de forma lúdica, sin exigirlo y hasta sin notarlo. Una propuesta factible de llevar a cabo sería, convocar, por parte de la Consejería de Cultura, un concurso a nivel de estudiantes de la E. S. O. y bachillerato, con el tema monográfico "Fiesta de La Peña", que abarque cualquier manifestación de las diferentes disciplinas del área artística: teatro, música, literatura, pintura, etc. Y que se pueda trabajar en los institutos a lo largo de un año académico.

Es obligación de los adultos y representantes de la cultura, darles alternativas que enriquezcan su formación como personas, como niños y jóvenes que conozcan y aprecien el origen de las tradiciones que tenemos en

la isla. Que sean nuestros mayores su fuente de conocimientos, e un intercambio provechoso para ambos

Sólo se requiere, interés por parte de los profesores, apoyo de las instituciones, alumnos que se ilusionen con el proyecto y que cuenten con la confianza y seguridad de ser ellos y ellas mismos quienes hagan las propuestas de trabajo y se les respete su decisión.

La puesta en común de los diferentes trabajos seleccionados se haría en el día de la juventud programado entre los actos de la fiesta de La Peña, del año siguiente.

Debemos fijar recuerdos satisfactorios en los niños y jóvenes que les fomente los afectos entre ellos, les unan, les faciliten la convivencia y conozcan y aprecien lo logrado por sus antecesores. Ofrecerles

experiencias enfocadas a la aceptación de su comunidad, que aprendan a colaborar, y participen en el mar- cado de las fiestas de sus pueblos, en sus colegios y en la familia y a apreciar sus costumbres y tradiciones.

¿Qué recuerdos entrañables, que desprendan sentimientos de afecto y añoranza hacia sus vecinos o su pueblo, van a tener nuestros niños y niñas con un crecimiento personal tan individualizado, informatizado, acotado por tantos ciber estímulos que les ofrece hoy el progreso, en contraste con los valores de amistad, solidaridad, tolerancia etc. que se transmiten con el contacto humano y que nos convierten en personas miembros de una comunidad, capaces de relacionarnos con los demás y socializar?

Claro que para que haya contacto humano deben tener los pueblos zonas de encuentro que sean atractivas y las reconozcan los jóvenes, como suyas: un parque, una cancha deportiva, una biblioteca, ludoteca, son lugares imprescindibles para fomentar el compañerismo y que Betancuria, dentro de su municipio, los tiene.

El olvido de un pueblo viene con el olvido al que se somete a sus gentes, porque cuando envejecen también enmudecen los recuerdos almacenados a lo largo de sus vidas. Triste es que sea, precisamente el pueblo más histórico y visitado de la isla, el que esté sufriendo esta situación.

Para continuar hablando de "olvidos"

muy recordados, está el que se refiere al mayor acontecimiento que se ha ofrecido al pueblo, dentro de las fiestas navideñas, en Betancuria. El Auto de Reyes Magos, tradición muy querida, apreciada y deseada por todos los que la han conocido a lo largo de casi 100 años.

Son muchos los vecinos del municipio que han intervenido, hasta tres generaciones de la misma familia, y han contribuido con su esfuerzo y trabajo a conservarla, enriquecerla y mantenerla viva. Tras pasarla a las nuevas generaciones, conservar su patrimonio cultural, reconocer el esfuerzo y respetar el bagaje de valores aportados por la comunidad al pueblo mayorero, debe ser obligación de los propios vecinos y las instituciones políticas y religiosas.

Las jóvenes generaciones escucharán a sus padres y abuelos, como un recuerdo lleno de nostalgia, contar lo orgullosos que estaban con el trabajo colectivo, la repercusión que tenían estas representaciones y se preguntarán por qué antes sí, y ahora no. Tienen derecho a conocerla, a disfrutarla. También ellos serán las nuevas generaciones que continuarán esta representación en años venideros, por lo que no puede ni deber permanecer más tiempo relegada al olvido. Más si consideramos que el motivo principal para recuperarla es el bien común.

Para terminar, quiero hacer un homenaje a todas

las abuelas y abuelos, de pueblos y ciudades, que disfrutaban contando sus nietos y nietas los recuerdos de su infancia.

Esos recuerdos infantiles, que almacenan nostalgia, alegría, mucho afecto y que son como caricias que le hacemos al alma. Te dá placer revivirlos, y si además los compartes en tu familia y comunidad, se amplía el nivel de confianza, se crean lazos de amistad y aparece el afecto.

Mi abuela, mamá Lola, grabó en mí esos recuerdos imborrables, relacionado con la fiesta de La Peña y que, en estos momentos de mi vida, en que yo también he dejado de ser abuela, cobra un significado especial.

No recuerdo bien el año, 1956 o 1957, en plena

fiesta de La Peña, mi abuela, escritora amateur, me escribió una poesía para darle la bienvenida a los peregrinos. Debí hacerla desde el balcón de un nuevo edificio, el llamado parador, inaugurado recientemente y situado por debajo de la plaza. Labaranda del balcón era más alta que yo, por lo que mi abuela colocó un banco en la esquina y me subí.

Contemplé una alfombra de pelos y gorros que se movían despacio. Me quedé impresionada, pero escuché a mi abuela decir: ¡empieza! Y sin altavoces, micrófono ni tristemente megáfono, comencé. ¡Peregrinos!.... no se movió nadie.

¡Peregrinos!. ¡lo mismo.

Me volví a mi abuela y le dije: ¡Nadie mira! ¡Pues grita más! ... ¡Peregrinos! ... Pero es que no me escuchan, protesté. ¡Grita más!. Cuando me cansé de deber rearsin que se moviera ni un pelo de aquella alfombra de cabezas, me bajé del banco y me fui.

Probablemente el resultado de este intento para mi abuela, fuera motivo de decepción, frustración y tristeza. Yo solo recuerdo de aquella poesía la palabra "peregrinos", pero a pesar de mi orgullo herido, sembró la semilla de la emoción, la ilusión, el interés y la certeza que, en las fiestas, se comparte, se invita, se esmera el trato a fable y a amigos con los que se acercan a tu pueblo y se les ofrece lo mejor que tienes.

Este es el espíritu que mueve a todo el colectivo de teatro a preparar de nuevo esta obra, dejando en esta ocasión en segundo lugar sus obligaciones personales para ofrecerles una prueba de afecto y respeto por las tradiciones, demostrando, una vez más, que el esfuerzo compartido tiene su recompensa.

Para comenzar a fijar recuerdos en la mente de peregrinos y peregrinas de la 1ª edad, les he escrito una poesía, que espero se escuche con más éxito que la escrita por mi abuela, aunque desde donde esté verá con alegría que dos de las niñas son sus tataranietas. Lo mejor que hacen los niños y niñas es pedir y jugar, pues con su petición a la Virgen María de La Peña, termina mi introducción, como parte del pregón. Escuchamos la poesía.

Esta isla mayorera  
alargada y muy sequita  
tiene una virgen chiquitita  
que apareció en las peñitas.  
dicen que cumplen deseos  
si los pides de verdad  
¡Pues danos un parque, María! donde podamos jugar  
con los niños que estos días te vienen a visitar.  
que tenga remos, columpios, bancos y un tobogán

y con un poquito de sombra  
¡que no nos queremos achicharrar!  
Que venga también tu Niño te lo vamos a cuidar,  
y un apellidito de gofio le daremos para merendar.  
Parque de los peregrinos lo podríamos llamar.  
pequeños, medianos y grandes lo vamos a disfrutar.  
¡danos un parque, María, donde podamos jugar!

Comienza ahora el verdadero canto que nos cuenta y pregona la fiesta en honor de la Virgen de La Peña y que nos recuerda que esta tradición tuvo su inicio hace casi 350 años.